

campo que vosotros y para gloria del mismo Padre de familias. Vosotros y nosotros somos obreros de la misma viña. Vuestros ejemplos de abnegación y celo nos estimularán en el trabajo. Vuestro bienaventurado Padre, sentado en el coro de los Fundadores, nos dispensará también las gracias que hoy, con vosotros, ardientemente le pedimos. Él bendecirá á Sud-América, á Colombia, á Bogotá, y á cuantos aquí toman parte en sus festejos y celebran la gloria de su canonización. ¡Bendiga especialmente al ilustre Pastor de esta Iglesia, á quien debe una gran parte de la juventud bogotana la dicha de ser educada por los hijos del ínclito San Juan Bautista de la Salle!

PANEGÍRICO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA,

FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Nuevo género de santidad de Ignacio, y nuevo carácter de su Instituto¹.

Ego novissimus evigilavi, et quasi qui colligit acinos post vindemiatores: in benedictione Dei et ipse speravi; et quasi qui vindemiat replevi torcular.

Fué el último en levantarme y como quien va á la rebusca después de los vendimiadores: también yo esperé en la bendición de Dios, y llené mi lagar lo mismo que el que vendimia.

Ecclesi. 33, 16.

1. Decir algo nuevo, algo capaz de llamar vuestra atención, oyentes míos, tratándose de un héroe cristiano, de un gran Santo, de un Patriarca ilustre, en cuyas alabanzas dijérase haber agotado los recursos de su elocuencia los Segneris y Burdalúes antiguos y modernos,

¹ El tema y los argumentos están tomados del célebre abate *J. Luis Pellegrini* S. J. El panegírico no ha llegado á predicarse.

es ciertamente poco menos que imposible, y no parece que debiera empeñarse el orador sagrado en tan desesperado y vano intento. Mas por otra parte, ¿cómo renunciar para siempre al deseo, no ya de atraer el popular aplauso, sino de ver añadida alguna nueva flor, ya que no sea un nuevo brillante, á la corona del amadísimo Padre por la humilde mano de uno de sus hijos, el último sí, pero no el menos apasionado, hoy que la obediencia me obliga á ocupar este púlpito en defecto de más digno panegirista de San Ignacio de Loyola? ¿Sería justo que yo me limitara á repetir simplemente, con leves variantes de forma y de lenguaje, los magníficos elogios que tantas veces, en el transcurso de cerca de trescientos años, resonaron aquí mismo, rememorando hechos heroicos, portentosos, pero conocidos de todo el mundo, hasta en sus menores detalles? No lo tendríais á bien, devotísimos oyentes; y yo debo corresponder á vuestra expectación satisfaciendo juntamente mis deseos.

2. Ni creáis que es tan difícil el intento como á primera vista lo parece. En efecto, si miramos la magnitud, la belleza, la riqueza del asunto, esto es, la perfección moral y la importancia social del insigne personaje cuyo elogio nos ocupa, ¡á cuánta variedad de aspectos no se presta, lo mismo para el artista que para el filósofo, así para el pensador profano como para el orador sagrado! ¿Podrá creerse agotado un venero tan inagotable de alabanzas y, lo que más es, de edificación y doctrina? Mas no es ésta precisamente la consideración que me permite esperar alguna vislumbre de novedad en el presente panegírico; es, notadlo bien, la originalidad misma, acaso no bastante meditada, del carácter de nuestro Santo, es la novedad de su grande

obra, de todo el mundo conocida. Y aquí empiezo á descubriros todo el plan y designio de mi oración. Cautiva ciertamente en San Ignacio la extraordinaria grandeza del hombre; pero no menos sorprende la nueva forma y planta del edificio de su Compañía, debida sin duda á la novedad de ideas del Fundador, ó, más propiamente hablando, al nuevo rumbo de vida cristiana y perfecta por donde plugo al Espíritu Santo llevar al gran Patriarca de las órdenes religiosas en la edad moderna.

He aquí, pues, el punto culminante de vuestra atención en este día. San Ignacio de Loyola fué aquel vendimiador de la hora postrera que, pensando no hallar en la viña sino pocos agraces, puso su esperanza en Dios y halló cosecha abundante de bendiciones para santificarse á sí y á los demás: fué aquel varón esclarecido de mediados del siglo XVI, que habiendo venido al mundo cuando ya parecían explorados todos los caminos de la santidad, descubrió, sin embargo, sendas no trilladas; y, cuando la vida religiosa había al parecer ensayado todas las formas de la perfección evangélica, halló no obstante, un nuevo tipo de orden regular de clérigos, el más adecuado á las necesidades de los tiempos novísimos, viendo así colmada su esperanza con frutos copiosos y exquisitos de santidad: *Quasi qui vindemiat, replevi torcular*¹. Presentándoos la gran figura de Ignacio por este doble aspecto, aunque no pueda menos de referir hechos sabidos, espero, oyentes míos, apacentar provechosamente vuestras almas, á gloria del Señor, descubriéndoos nuevos tesoros, á semejanza del padre de familias, *qui profert de thesauro suo nova et*

¹ L. c. supra.

*vetera*¹. Ayudadme á implorar los celestiales auxilios por intercesión de Aquella que es Reina de todos los santos, Patrona de todas las familias religiosas y, por especial manera, de la mínima Compañía de Jesús. *Ave Maria.*

I.

3. Al proclamar como nuevo el carácter de la santidad de mi glorioso Padre, no entiendo hablar precisamente de aquel sello de originalidad que la gracia, obrando de acuerdo con la naturaleza, imprime, como naturalmente, en las acciones y virtudes de los santos, haciéndolos tan distintos unos de otros en su fisonomía moral, como lo son todos en los rasgos de su fisonomía física. Hablo, cristianos, de otro género de novedad que parece exclusivamente propio de un santo para cuya conversión puso Dios delante, dibujadas en el *Flos Sanctorum*, las vidas de todos los santos, á fin de que formase como un ramillete vistoso y fragante de todas las flores de santidad y lo colocase en su corazón, coma la Esposa de los Cantares, el hacecillo de mirra². Consta en efecto, hermanos míos, que Ignacio, convaleciente aún y dando apenas los primeros pasos en el camino de la perfección, anota cuidadosamente y recoge en un libro los rasgos de virtudes que le parecen más admirables en la historia de los santos, con cuya lectura iba formándose su espíritu. De ahí que el carácter de la santidad de este Vaso de elección, adaptado providencialmente al carácter de la edad moderna, fuese en cierto modo ecléctico, uno y múltiple á la vez, resumen de todos los géneros de santidad hasta entonces practicados, y nuevo por el impulso de una nueva

¹ Matth. 13, 52.

² Cant. 1, 12.

idea é inspiración á que todo debía obedecer. Me explico: el espíritu de Ignacio es múltiple por los géneros de vida que abraza; pero es uno por el fin que se propone, fin nuevo hasta aquella época, y origen de nuevos medios de santificación adoptados por Ignacio. Veámoslo por partes.

4. Á la santidad de nuestro héroe cuadran admirablemente aquellas palabras del Libro de la Sabiduría: *Est in illa spiritus... unicus, multiplex, ... omnem habens virtutem, ... et qui capit omnes spiritus*¹. ¿Qué linaje de vida no abrazó de cuantos registra la fecunda historia de la Iglesia? Penitente, anacoreta, peregrino, hospitalario, apóstol, institutor de la juventud, doctor de Letras Sagradas, fundador y legislador del pueblo de Dios. . . . ¿Qué más? Apenas es posible, repasando las vidas de los santos, y aun abarcando de una ojeada todos los estados de la vida cristiana, desde el más llano hasta el más encumbrado, encontrar uno solo en que no haya figurado San Ignacio, cual si lo hubiese destinado la Providencia para ser modelo de todos, ó, diré con más acierto, cual si lo hubiese escogido para santificarlos todos. En efecto, no es menester que yo os vaya mostrando uno por uno todos los cuadros de esa vida de treinta y cinco años, contados desde su conversión hasta su muerte, en donde aparece Ignacio, ya penitente modelo, huyendo para cambiar de vida, como nuevo Alejo, de la casa solariega de Loyola, en la provincia de Guipúzcoa, hasta el santuario de la Virgen de Monserrat, situado en la otra extremidad de España; ya sepultándose, anacoreta rigidísimo, cual otro Hilarión, en las profundidades de la cueva de Manresa; ya en los hos-

¹ Sap. 7, 22.

pitales de la misma ciudad, sirviendo, como Juan de Dios, á los pobres enfermos sin asco ni miedo del contagio; ya en Alcalá y Salamanca, cargado de cadenas, cual otro Pablo, al decir de los que le visitaban en aquellas cárceles; ya en París, como Juan de Mata, recibiendo con aplauso de la célebre universidad el lauro de doctor en sagrada Teología; ya, como Jerónimo Emiliano, recogiendo huérfanos en Roma para instruirlos, alimentarlos y educarlos; ya en todas partes predicando, catequizando, practicando toda clase de obras de misericordia; ya, finalmente, postrado á los pies de Paulo III impetrando la bendición apostólica y la aprobación de la nueva Compañía de guerreros de Cristo y guardias del pontificado.

5. Y no vayáis á pensar, hermanos míos, que esta hermosa y casi pintoresca variedad de cuadros y escenas de la vida del gran Santo fuese efecto de falta de experiencia, debiendo mirarse como una serie de ensayos de quien anda buscando acá y allá el estado más perfecto en que servir á Dios. No, por cierto; que no fué sino el Espíritu del Señor quien, llevándole de una parte á otra, de un género de vida á otro, quería infundirle aquel *espíritu uno y múltiple* que debía caracterizarlo, *capaz de todos los espíritus y lleno de todas las virtudes*¹. Porque Ignacio fué gigante de santidad desde sus primeros pasos en la vida espiritual; fué perfecto en la vía purgativa, propia de los penitentes; perfecto en la iluminativa, de los proficientes, cuando sin descuidar el ejercicio de la caridad, se dedicaba á los estudios eclesiásticos; perfecto, en fin, en la vía unitiva, siempre, desde Manresa hasta Jerusalén, desde Venecia

¹ Spiritus unus, multiplex, etc. (Sap. 1. c.).

hasta Roma, y, por decirlo de una vez, desde el principio de su carrera hasta su glorioso fin. No fueron, pues, aquellos diferentes estados, progresos propiamente dichos, de lo imperfecto á lo perfectísimo, si bien es indudable que Ignacio, á fuer de viajero por los caminos de Dios, no podía menos de crecer en perfección á cada instante hasta encontrarse, ¡cosa maravillosa! á la postre de su carrera mortal con una suma de santidad y de méritos incalculable; fueron, digo, solamente situaciones diversas, en cada una de las cuales debía nuestro Santo resplandecer con las virtudes á ellas apropiadas, aquí con la austeridad corporal, allí con la paciencia, más allá con la pobreza evangélica, ó bien con la caridad y misericordia, pero dominado siempre por un mismo espíritu, el espíritu de Dios que, como á los Apóstoles y Santos, se le había comunicado de un modo abundantísimo¹. Fué Ignacio, diré para explicar mi pensamiento con un símil sencillísimo, lo que sería un hombre consumado en todos los ramos del saber humano, en el arte, la mecánica, la filosofía, la literatura, etc., sabio, filósofo, orador, artista, político, gobernante y cuanto, más bien por milagro que por obra de la naturaleza, cabe imaginar reunido en un individuo, personificación ideal de toda la sabiduría humana. Eso plugo á Dios que fuera Ignacio en otro orden sobrenatural, en el orden de la santidad. Y era que así lo exigían los intereses santísimos de su mayor honra y gloria.

6. La mayor gloria de Dios: no fué otro el blanco á que dirigió sus miras el gran Ignacio de Loyola, desde el instante en que Dios le llamó del campo del honor mundano á seguir sus banderas, á guerrear por la gloria

¹ Rom. 5, 5.

de su nombre. La suma gloria de Dios: he aquí la aspiración que en realidad caracteriza el nuevo género de santidad de que el héroe de Loyola aparece revestido en pleno siglo XVI. Porque si bien es cierto que todos los santos y cuantos justos ha habido desde el origen del mundo, se propusieron servir á Dios y glorificarle (pues de otra suerte no fueran tales); también es innegable que el santo Fundador de la Compañía de Jesús tuvo una intuición más pronta, clara y determinada de la gloria de Dios como fin de todas sus acciones, la vió más resplandeciente que ninguno otro la viera, de donde resultó que de tal modo cautivara su espíritu la divina gloria, que ella fué como la columna luminosa que guió todos sus pasos durante su peregrinación por el desierto de la vida. De él podemos afirmar lo que del Legislador del pueblo de Israel: *Fuéle mostrada claramente la gloria de Dios*¹. De ahí que trajera siempre en la boca lo que llevaba en la mente y en el corazón: *Ad maiorem Dei gloriam*; y que no buscara jamás otra cosa en todas las acciones de su vida, como lo atestiguan de consuno las historias y el oráculo de la Iglesia².

¿No habéis parado mientes en el proemio de su famoso libro de los Ejercicios espirituales, de ese libro admirable, según la frase de la Sede Apostólica³, compuesto en los mismos comienzos de su vida espiritual? ¿No habéis visto el principio que allí asienta como postulado de la ciencia de la santidad? ¿no recordáis el fundamento que pone á toda la fábrica de la cristiana perfección? Pues no es otro que la gloria del Criador.

¹ Eccli. 45, 3.

² Bulla Urbani VIII, Lect. Brev.

³ Mirabilem illum Exercitiorum librum (Lect. Brev.).

«El hombre, dice, ha sido criado para alabar, hacer reverencia y servir á Dios nuestro Señor, y, mediante esto, salvar su alma.»¹ ¿Lo veis? Al espíritu de Ignacio no se ofrece como fin primario y suprema aspiración del hombre la salvación, la eterna bienaventuranza; lo que él aprende en primer término, lo que le absorbe enteramente, es la necesidad de glorificar á Dios, alabándole, reverenciándole, sirviéndole con todas sus potencias. Después de lo cual y como corolario vendrá la salvación del alma, la propia felicidad. De él pudiéramos decir, guardada la justa proporción, lo que dice San Jerónimo del evangelista San Juan: «Como águila remonta el vuelo hasta las alturas celestiales, y en el primer arranque llega hasta el mismo eterno Padre², principio de todos los seres y fuente de la misma divina Trinidad.» Sí, cristianos, la augusta y santísima Trinidad fué el objeto predilecto de la sublime contemplación de Ignacio desde los primeros días de su conversión, y tales y tan subidos fueron los conocimientos que de este altísimo misterio alcanzó por superior ilustración; que no sólo pudo escribir un largo tratado, mucho tiempo antes de cursar en las universidades, sino que diera gustoso la vida por defender esta fe, aunque, por imposible, se perdiesen las Sagradas Escrituras. Más adelante, hacia el fin de sus días, como el mismo Santo lo dejó escrito, llegaron á ser inefables los torrentes de consolación divina que inundaban su grande alma al sólo nombrar ó recordar la Trinidad Beatísima, principalmente al tiempo de celebrar el santo sacrificio. Cuando pronunciaba aquellas palabras de la Misa: *Pla-*

¹ Ejerc. espir., Principio y Fundamento.

² *Hier.*, Contra Iovinian. l. 1.

ceat tibi, Sancta Trinitas, etc., sentía tales ímpetus de amor divino, que se bañaba en una lluvia abundantísima de dulces lágrimas¹. Todas estas visitaciones, añade el Santo, tendían á la Santísima Trinidad, la cual me dirigía y atraía á su amor.

Y ¿quién de vosotros no habrá más de una vez admirado aquel rasgo de caridad verdaderamente heroico de que hacen mérito las mismas lecciones del Breviario Romano, en que tan al vivo se pinta el carácter del gran celador de la divina gloria, cuando aseguraba que, si le fuese dado á escoger una de dos, preferiría quedar en la incertidumbre de salvarse, dado que en medio de ella pudiese hacer á Dios algún servicio y procurarle mayor gloria con la conquista de alguna alma, á la seguridad de entrar á gozar de la bienaventuranza muriendo sin aquella condición. ¡Oh victoria soberana del amor, exclamaré con palabras del Crisóstomo², querer privarse de la visión de Dios para servir más á Dios!

7. Ahora bien, dilectísimos oyentes: supuesta la alteza y amplitud del fin, como nota característica de la santidad de Ignacio, consecuencia rigurosa venía á ser la prodigiosa variedad de situaciones que abrazó su vida, como la variedad infinita de medios de santificarse en la prosecución no interrumpida del anhelado blanco de todas sus acciones. Porque, bien considerado este fin, y tal como lo entendía nuestro Santo, envolvía nada menos que el proyecto y resolución tomada de santificar el mundo entero y salvar todas las almas redimidas por Cristo, diseminadas por todos los reinos y naciones de la tierra. Pues ¿no pide todo esto la mayor gloria.

¹ *Bartoli*, Vita S. Ign. l. 1, n. 20.

² *Chrys.*, In Matth. hom. 17.

de Dios, *el cual*, dice el Apóstol, *quiere que todos los hombres se salven y que lleguen al conocimiento de la verdad*¹? ¿Deberá, pues, Ignacio emprender la conquista espiritual del orbe? ¿deberá ponerse á trabajar por cuantos medios alcance y le dé Dios á conocer, en la obra de la salvación de todo el género humano? Así, ni más ni menos, amadísimos oyentes: así lo cree, así lo quiere, así lo ejecuta el magnánimo campeón de la gloria de Dios; y en esta inmensa amplitud del campo de acción, y en esta suma variedad de medios empleados para realizar su fin, el más sublime que puede imaginarse, ya reconoceréis fácilmente un género de santidad verdaderamente nuevo y sobreeminente. Pues éste fué el género de santidad de nuestro Ignacio. Fué santificado, como los apóstoles, para santificar á los demás: su santidad era esencialmente comunicativa, porque así lo exigían los intereses de la gloria de Dios. Desde luego comprendió que Jesús lo enviaba, observaré con el Crisóstomo², no á una sola nación ni á un pueblo solo, como envió Dios á los antiguos Profetas, sino al universo mundo, y éste lleno, henchido de crímenes y erizado todo de peligros. Tendió, pues, la vista en derredor, y descubrió la muchedumbre de almas puestas en gravísimo riesgo de eterna condenación: niños sin instrucción religiosa, hombres sin costumbres cristianas, pueblos sin cultivo espiritual, naciones católicas resfriadas en la piedad y casi olvidados de los sacramentos, reinos y provincias asoladas por la herejía y el cisma. Extendió todavía más allá sus miradas angustiosas, y alcanzó á ver infinitas regiones nuevamente descubiertas en el Asia y las Américas, pobladas de

¹ 1 Tim. 2, 4.

² Chrys., In Matth. hom. 15.

innumerables gentes bárbaras, aprisionadas bajo el yugo infernal de Lucifer. En tres palabras, corrupción, herejía, superstición, he aquí cuanto se ofreció á su vista. La gloria de Dios estaba ofuscada, encubierta por la malicia de los hombres, como suele ocultarse la luz del sol bajo una masa de negros nubarrones. ¡Tristísimo espectáculo el que presentaba el mundo, tanto más desconsolador cuanto más real y verdadero! Era, pues, urgentísimo dejar la soledad, sin dejar por eso la oración; acudir á todas partes, proveerse de toda clase de armas, naturales y sobrenaturales, para combatir con buen éxito á tanta variedad de enemigos de la gloria de Dios, y *hacerse todo para todos*, como en otro tiempo el Apóstol, *para salvarlos á todos*¹.

He aquí lo que hace Ignacio personalmente, hasta donde no es posible sin milagro; y luego por medio de compañeros y discípulos en quienes transfunde su espíritu uno y múltiple, enviándolos á su vez por todas partes con aquellas palabras de fuego: *Ite, incendite omnia*: ¡Id, volad, encended todo el mundo en el amor divino! ¡Guerreros de Jesús! traed alrededor de su bandera hombres y pueblos: conquistadle almas para dar á Dios la mayor gloria! Y veis aquí, cristianos, cómo la santidad de Ignacio, desarrollo de un nuevo plan por medios también nuevos, se deja ver sellada con caracteres evidentes de originalidad. El mismo sello de novedad distingue su grande obra, la hija de su corazón, la Compañía de Jesús: así procuraré hacerlo ver en la segunda parte de mi discurso.

II.

8. Entre la multitud de órdenes religiosas que desde los primeros siglos del cristianismo hasta el XVI, en que

¹ 1 Cor. 9, 22.